

PÁGINAS

N° 263 Septiembre, 2021

El efecto Pigmalión O el buen samaritano de la educación

Jorge de Juan Fernández

Carlos González de la Mota Bianchi

A menudo, en la vida de las personas se suele identificar la infancia como un periodo feliz, libre de preocupaciones, en el que todo es juego y diversión. Sin embargo, no es así. Los niños también sufren estrés a causa de diversas dificultades que van enfrentando desde la madurez propia de su edad. Este combate resulta tremendamente decisivo, ya que el futuro de los niños dependerá en gran medida de los hábitos y estímulos recibidos en este periodo. La falta de un acompañamiento adecuado por parte de los padres y profesores, sobre todo en los momentos en los que los niños tienen que hacer frente a determinadas dificultades, puede derivar en la formación de una imagen negativa sobre sí mismos, que conducirá a una desmotivación instalada en sus vidas.

Es frecuente hablar en nuestros ambientes de los últimos y excluidos de la sociedad, que identificamos de común con los carentes de recursos económicos, los migrantes, los refugiados, los explotados, etc. Pero entre ellos nunca insertamos a aquellos en los que nadie confía y que, a causa de ello, llegan incluso a perder la confianza en sí mismos. En este artículo abordaremos esta problemática desde el ámbito educativo donde proponemos la puesta en práctica del efecto Pigmalión, como el “buen samaritano” que llega a curar a los heridos de las aulas.

¿QUÉ ES EL EFECTO PIGMALIÓN?

Narra el mito que una vez un artista esculpió una estatua tan bella que acabó enamorándose de ella. Era tal su atracción que un día, mediante la intervención de la diosa Afrodita, la estatua cobró vida. Inspirado en esta historia, el psicólogo Robert Rosenthal acuñó el término “efecto Pigmalión” para referirse a la acción de proyectar en los demás unas expectativas con tal firmeza y seguridad que finalmente acaban cumpliéndose. En este sentido, García Vargas lo define así:

“Conocemos al efecto Pigmalión como la profecía de autorrealización. Dicha profecía puede tener un origen tanto externo, cuando los padres o docentes de familia depositan creencias sobre la mente del individuo; e interno, cuando es el mismo individuo quien se crea la creencia acerca del futuro de su trayectoria, ya sean estas de carácter positivo o negativo”¹.

Este concepto tiene como premisa fundamental la confianza. En el caso que nos concierne, el docente debe tener una serie de aptitudes que le predispongan para ser capaz de despertar en el alumno el sentimiento motivador de que alguien cree ciegamente en su potencial. De esta manera el alumno aumenta su autoconcepto y su autoestima, proporcionándole el empujón de esfuerzo que la tarea demanda de él. En esta misma línea, Beatriz Valderrama sostiene que “las palabras y los gestos de aliento de figuras con influencia tienen gran impacto en las creencias de autoeficacia, lo que conduce a la mejora de la actuación”².

Llevando esta teoría al terreno más pragmático de la educación, cuando los docentes, por ejemplo, observamos a un alumno con problemas de lectura en el aula, todas nuestras reacciones van a ser analizadas por dicho alumno y utilizadas casi de manera inconsciente para formar su autoconcepto. Si cortamos frecuentemente al alumno durante una lectura delante de toda la clase y mandamos leer a otro compañero que consideramos más brillante en este aspecto, estamos enviándole el mensaje de que él no es capaz de realizar la lectura por sí mismo, por lo que su motivación por aprender a leer correctamente irá descendiendo. Sin embargo, si utilizamos frases como “cada día vas leyendo mejor” o “poco a poco vas aprendiendo”, nuestro pupilo se sentirá animado a conseguir su propósito de leer correctamente y acabará lográndolo.

1 J. García Vargas, “El efecto Pigmalión y su efecto transformador a través de las expectativas”, en *Perspectivas Docentes* 57 (2015), p 41.

2 B. Valderrama, “¿Qué aporta el coaching a la educación?”, en *Revista Padres y Maestros* 369 (2017), p 37.

En la educación el aprendiz generalmente se enfrenta a algo desconocido. Esta circunstancia puede generar en él un miedo que suscite efectos adversos. Es deber del docente que éstos sean paliados. Para ello resulta imprescindible proporcionarle un clima de confianza que le aporte la tranquilidad necesaria para enfrentarse con éxito a este nuevo conflicto cognitivo, de lo contrario la desmotivación que puede sentir el alumno le puede acompañar toda la vida. De este modo lo señala el estudio realizado por Nortes Martínez-Artero y Nortes Checa:

“La ansiedad y la falta de motivación y confianza se genera desde los primeros niveles educativos. Las experiencias negativas vividas en la asignatura de matemáticas y la metodología utilizada por algunos profesores hacen que los bloqueos vayan aumentando en el estudiante ante el desconocimiento de cómo proceder ante la resolución de un problema matemático, situándose en un camino de difícil retorno. Además, cuando los alumnos llegan a la Universidad e inician los estudios del grado de maestro de primaria, los profesores del área de didáctica de las matemáticas no siempre utilizan adecuadamente los recursos a su alcance dentro del dominio afectivo”³.

Así pues, vemos cómo numerosos autores mencionan la confianza en los alumnos como un pilar básico dentro del proceso de enseñanza-aprendizaje. Del mismo modo, se observa como el concepto de “efecto Pigmalión” va perdiendo el misticismo que mostraba en el origen del mito y observamos cómo, llevado al campo de la educación, no es más que una predisposición del docente reflexivo y con vocación, que, mediante una serie de cualidades como la paciencia, sabe aportar a sus alumnos el sosiego que éstos necesitan para que acaben desarrollándose al máximo de su potencial.

2. EL EFECTO PIGMALIÓN EN PERSPECTIVA EVANGÉLICA

Lucas 10,25-37 nos narra la parábola que Jesús responde a un jurista que le intentaba poner a prueba. El texto relata cómo un hombre, de camino a Jerusalén, sufre una paliza por manos de unos salteadores que le dejaron medio muerto. He aquí que casualmente pasaron por ese camino un sacerdote, un levita y un samaritano. Los dos primeros hicieron caso omiso dando un rodeo, mientras que el último, el samaritano, sí le prestó su ayuda, a pesar de que éstos eran considerados heréticos para los sectores más ortodoxos de la religión hebrea.

3 R. Nortes Martínez-Artero y A. Nortes Checa, “Ansiedad, motivación y confianza hacia las matemáticas en futuros maestros de primaria”, en *Números: Revista Didáctica de las Matemáticas* 95 (2017), p 90-91.

No es casual que el papa Francisco haya otorgado un protagonismo singular a esta parábola en su última encíclica *Fratelli tutti*. El Pontífice propone el ejemplo del samaritano como base para crear una nueva sociedad:

“Miremos el modelo del buen samaritano. Es un texto que nos invita a que resurja nuestra vocación de ciudadanos del propio país y del mundo entero, constructores de un nuevo vínculo social. Es un llamado siempre nuevo, aunque está escrito como ley fundamental de nuestro ser: que la sociedad se encamine a la prosecución del bien común y, a partir de esta finalidad, reconstruya una y otra vez su orden político y social, su tejido de relaciones, su proyecto humano. Con sus gestos, el buen samaritano reflejó que «la existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás: la vida no es tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro»⁴.

Según el Papa, “la inclusión o la exclusión de la persona que sufre al borde del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos”⁵ y añadimos nosotros, también todo proyecto educativo. La escuela, y de manera evangélica la católica, tiene el deber de reproducir la actitud del buen samaritano. Esta obligación va más allá de añadir el barniz de una competencia emocional al resto de la educación estándar que se cursa. Según Laguna, “la educación samaritana articula conocimientos académicos y saberes competenciales, incidiendo en todos y cada uno de los aspectos del proyecto educativo escolar”⁶.

Con frecuencia encontramos en nuestras aulas estudiantes “apaleados” por el desánimo, la desmotivación, la apatía, la negatividad, la baja autoestima y los problemas surgidos en el entorno familiar⁷. Este tipo de estudiantes necesita la caricia pedagógica de la atención personalizada, que partiendo desde su realidad sea capaz de apostar por ellos. Sin embargo, de igual forma que en la parábola el sacerdote y el levita quizá sí sintieran un primer impulso de humanidad para con el enfermo, pero las prescripciones saduceas les impidieron acercarse a él, así también muchos docentes, presos de un programa académico que deben impartir en un tiempo limitado, no estiman oportuno dedicar más tiempo a los alumnos con dificultades para evitar

4 Papa Francisco, *Encíclica Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020), 66.

5 *Ibidem*. 69.

6 J. Laguna Matute, “Pedagogía de la ‘proximidad’”, en *Religión y Escuela* 345 (noviembre 2020), p. 25.

7 Cfr. J. García, Vargas, “El efecto Pigmalión y su efecto transformador a través de las expectativas”, en *Perspectivas Docentes* 57 (2015), p. 42.

mermar el tiempo dedicado al resto de la clase. Es en este momento cuando en las entrañas de profesores, políticos e incluso del resto del alumnado debería sonar perpetuándose a modo de eco la pregunta hecha por Dios a Caín tras el fratricidio perpetrado: “¿Dónde está tu hermano?” (Gen 4,9).

¿De verdad podemos hablar de educación integral si a los alumnos que presentan algún tipo de dificultad no se les presta la atención que requieren? ¿Consideramos una educación de calidad aquella que es capaz de dejar víctimas involuntarias por el camino? ¿Los docentes estamos dispuestos a dar este antitestimonio en nuestras aulas, permitiendo que aquellos que nos observan lo asuman como algo natural?

El Papa Francisco afirma de forma contundente en la *Fratelli tutti* que, ante el sufrimiento del mundo, únicamente se puede estar a favor o en contra del samaritano, cualquier otra opción (incluida la educativa) se sitúa en una equidistancia culpable:

“Esta parábola es un icono iluminador, capaz de poner de manifiesto la opción de fondo que necesitamos tomar para reconstruir este mundo que nos duele. Ante tanto dolor, ante tanta herida, la única salida es ser como el buen samaritano. Toda otra opción termina o bien al lado de los salteadores o bien al lado de los que pasan de largo, sin compadecerse del dolor del hombre herido en el camino. [...] Ya no hay distinción entre habitante de Judea y habitante de Samaría, no hay sacerdote ni comerciante; simplemente hay dos tipos de personas: las que se hacen cargo del dolor y las que pasan de largo; las que se inclinan reconociendo al caído y las que distraen su mirada y aceleran el paso. En efecto, nuestras múltiples máscaras, nuestras etiquetas y nuestros disfraces se caen: es la hora de la verdad”⁸.

Las periferias sociales suelen ser atalayas de la verdad, pues desde ellas se divisan los contrastes existentes en la sociedad, que no somos capaces de vislumbrar cuando estamos insertos en medio de ellos. La existencia de alumnos con las dificultades antes enumeradas, que sobreviven difícilmente en el aula sin que nadie les preste la ayuda necesaria, pone en entredicho no sólo al sistema educativo sino a la entera sociedad.

De la misma forma que el samaritano se inclinó ante el herido, le vendó las llagas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndolo sobre su

cabalgadura lo llevó a una posada, así en la educación resulta urgente apostar por los que nadie apuesta, haciendo ver a estos alumnos que alguien confía en ellos. Toca pues ungir las heridas del estudiante reconociendo su esfuerzo realizado (el éxito se debe al esfuerzo, no a la capacidad), enseñar que el error forma parte del proceso de aprendizaje, centrarse en sus fortalezas y no en las carencias, y adoptar una perspectiva optimista y un estilo más positivo.

Es la hora del compromiso, que pasa por hacerse cargo de la realidad del aula, cargar y encargarse de todos los estudiantes, especialmente de los que más ayuda necesitan. Sin esta premisa grabada a fuego en el carnet de identidad del maestro, nadie debería acceder a la docencia. Resultaría una temeridad soltar de la mano a los alumnos y dejarlos solos sin un samaritano bueno, ante realidades injustas, incapaces de solventar.

3. EL EFECTO PIGMALIÓN Y SU URGENCIA EN EDUCACIÓN

Debido a la gran cantidad de problemas de índole social que tienen lugar en nuestros días, en muchas ocasiones el maestro se ve obligado a realizar labores que trascienden la mera práctica docente. Nos encontramos en nuestras aulas con familias que están pasando por dificultades económicas, familias de inmigrantes que han dejado todo atrás para buscar una mejor vida en otro país, familias desestructuradas... Estos problemas repercuten directamente en el desarrollo curricular del niño provocando, en la mayoría de los casos, graves problemas de fracaso escolar. España tiene el deshonoroso mérito de ser el país de la Unión Europea con la tasa más alta de abandono escolar y los docentes no pueden mirar para otro lado. Cierto es que las cambiantes reformas educativas realizadas por nuestra clase política en las últimas décadas, basadas en intentar crear individuos a la carta que concuerden con sus paradigmas sociales, en nada ayudan a corregir los verdaderos problemas de la educación como los que nos afectan en este caso.

El docente no puede dejarse influir por todos estos problemas que rodean al ámbito educativo y debe intentar realizar su trabajo de la manera más ética y concienzuda posible. Por eso, uno de nuestros cometidos dentro de las aulas es saber proporcionar al alumno todas las herramientas para que se desarrolle al máximo posible en función de sus capacidades y, agregamos, en función de su contexto. Se debe estar en la alerta de que los citados problemas socio-familiares pueden suponer un duro enemigo a la hora de enfrentarnos al proceso de enseñanza-aprendizaje. Los alumnos, pese a su corta edad, no

permanecen al margen de estos conflictos y pueden acabar siendo las principales víctimas de ellos. En este sentido señala Prados Maeso:

“Cuando existen de forma continuada conflictos en la vida en común de los padres, los hijos resultan perjudicados, manifestándose esta problemática en el ámbito educativo: se puede traducir en un aumento de la agresividad hacia los compañeros, mayor nerviosismo, falta de concentración en los estudios e incluso en una bajada de las calificaciones escolares, amén de la repercusión negativa en la autoestima, relaciones con su medio social y un largo etcétera”⁹.

La vivencia de estas dificultades repercute directamente en la motivación y autoestima de nuestros alumnos. El maestro debe ser consciente de todos estos problemas sociales, pero ello no debe afectarle a la hora de exigir más o menos a sus pupilos. En muchas ocasiones, vemos en nuestras aulas cómo el profesor exige más al alumno que parece ir fluido en su aprendizaje y, por el contrario, se conforma con que el alumno que parece ir por detrás aprenda las cuatro cosas básicas para no quedar simplemente retrasado con respecto al grupo. En la mayoría de los casos, los alumnos que quedan atrás por el motivo que fuere tienen un problema de motivación por aprender. Han entrado en una nociva espiral de conformismo, doblegados quizás por otra serie de problemas, como los que hemos citado anteriormente, y se sienten solos y desprotegidos, con la autoestima tirada por los suelos. Problemas ajenos a ellos han hecho que durante un periodo de su vida educativa aparquen momentáneamente su interés por aprender y esto, a su vez, les ha creado un problema todavía mayor, la desconfianza por parte de los adultos (bien sea del profesor o bien de su familia) de que son capaces y aptos para tener una vida académica plenamente satisfactoria. Esta vorágine hace que el docente tienda a una complacencia con el alumno que es percibida por éste como un símbolo más de su incapacidad. El poner bajas expectativas a estos alumnos no hace más que aumentar su baja autoestima y su negativo autoconcepto. Debemos romper este círculo vicioso y ser un apoyo para el alumno en la medida en que le vamos acercando a la consecución de tareas que les vuelvan a hacer sentirse personas válidas y alumnos brillantes. Así debería ser el rol del docente con vocación y amor por su trabajo, ser el buen samaritano de la educación. Aún más en estos días plagados de cuestionables premios tipo “El mejor maestro del año”, donde se premia a personas que realizan

9 Paula Prados Maeso, “Los procesos de separación/divorcio y la escolarización de hijas e hijos desde la óptica del trabajo social educativo”, en *Documentos de Trabajo Social: Revista de trabajo y acción social* 47 (2010), p. 213.

grandes experimentos educativos, realizados en óptimas condiciones de presión y temperatura, los cuales difícilmente son extrapolables a algún contexto educativo real. Debemos intentar sentir con nuestros alumnos que atraviesen algún problema lo que Pigmalión sintió cuando vio cobrar vida a Galatea y fascinarnos al ver que nuestro alumno vuelve a recobrar el ánimo y la curiosidad por aprender. Con un simple gesto, el alumno puede percibir de nuestra parte una confianza en él que va a resultar crucial a la hora de enfocar la tarea con otra actitud. Y esta actitud es la que va a actuar de llave maestra para conseguir todos los objetivos que el docente programe para sus aprendices. Pero para todo esto se necesita un docente que trabaje más allá que por percibir un salario, un docente dispuesto a poner alma, corazón y vida en su desempeño diario. Si queremos optar a ser una sociedad ideal es urgente que tomemos esto como un objetivo prioritario, ya que los principales problemas que afectan a los alumnos no pueden ser diferentes a los objetivos marcados por los docentes.

CONCLUSIONES

Un ingrediente básico en la educación es la motivación. Sin ésta no va a producirse un auténtico aprendizaje y, por tanto, estaremos generando personas con serias carencias a nivel humano y académico. Resulta pues urgente asumir como un reto el crear contextos en los que los estudiantes confíen en sus propias posibilidades y se sientan protagonistas de los procesos en los que se ven insertos. Mirar para otro lado y dejar a nuestros niños solos ante las diversas dificultades que surgen en el día a día y envuelven los procesos de enseñanza-aprendizaje sería un grave pecado social, pues estaríamos truncando el potencial de desarrollo humano de los estudiantes, cortando su maduración, que les hace personas libres, capaces de tomar decisiones.

En este proceso resulta imprescindible el diálogo basado en la confianza y respeto, tanto por parte de los estudiantes como de sus padres y profesores, con el fin de conocer el marco personal del alumno y, partiendo de su realidad, incentivar su propia autonomía, siempre basada en el potencial del alumno. Somos, en gran medida, lo que los demás esperaban que fuéramos. Dado que la personalidad viene afectada por las expectativas que los demás tienen de nosotros, resulta imprescindible fomentar la autoestima del alumnado que, a la larga, le conducirá a aceptar sus propias carencias, con la voluntad de extraer cualidades de los propios defectos y con el intento de sacar adelante aquellos objetivos que sean asequibles.

En definitiva, el sistema educativo debe ejercer de samaritano con los excluidos de la enseñanza-aprendizaje por causa de su baja

autoestima, para lograr que ellos mismos se conviertan en los escultores de su propia vida.

BIBLIOGRAFÍA

García Vargas, J., “El efecto Pigmalión y su efecto transformador a través de las expectativas”, en *Perspectivas Docentes* 57 (2015), pp. 40-43.

Laguna Matute, J., “Pedagogía de la ‘proximidad’”, en *Religión y Escuela* 345 (noviembre 2020), pp. 24-29.

Nortes Martínez-Artero, R. y Nortes Checa, A., “Ansiedad, motivación y confianza hacia las matemáticas en futuros maestros de primaria”, en *Números: Revista Didáctica de las Matemáticas* 95 (2017), pp. 90-91.

Papa Francisco, *Encíclica Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020).

Prados Maeso, P., “Los procesos de separación/divorcio y la escolarización de hijas e hijos desde la óptica del trabajo social educativo”, en *Documentos de Trabajo Social: Revista de trabajo y acción social* 47 (2010), pp. 212-225.

Valderrama, B., “¿Qué aporta el coaching a la educación?”, en *Revista Padres y Maestros* 369 (2017), pp. 34-40.